

Palabras de vida eterna - Juan 6:47-71

(Jn 6:47-59) “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente. Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaum.

Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero? El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce.”

Introducción

En el estudio anterior consideramos la primera parte de la respuesta que Jesús dio a la afirmación que habían hecho los judíos: *“Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer” (Jn 6:31)*. Allí vimos que el maná que sus padres habían recibido en el desierto, sólo era un símbolo del verdadero pan del cielo que Dios les estaba dando ahora, y que no era otro que su propio Hijo, el Señor Jesucristo. Por lo tanto, ellos debían ir a él, o lo que es lo mismo, debían creer en él: *“Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Jn 6:35)*.

Sin embargo, la multitud sólo quería pan para satisfacer las necesidades de su cuerpo, y por eso rechazaron el Pan de Vida para el alma. Incluso quisieron forzar a Jesús para que se adaptara a sus expectativas religiosas y políticas, pero cuando vieron que no estaba dispuesto a complacerles, cambiaron radicalmente de opinión en cuanto a él. De repente no veían en Jesús nada más que al hijo de José, el carpintero de Nazaret, y lo

rechazaron. A pesar de todas las evidencias que había presentado ante ellos, se negaron creer en él como el Hijo de Dios enviado a este mundo.

Ahora, al comenzar este nuevo estudio, vemos que el Señor amplía su respuesta. Si antes se había identificado como *“el verdadero pan del cielo”*, ahora va a incidir en la necesidad de comer de este pan para tener vida eterna. Así que, del mismo modo que sus padres habían comido el maná en el desierto, ellos tendrían que comer de él si querían tener vida.

“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre”

En primer lugar se enfatiza la necesidad de *“comer”* el pan. No vale con tener el pan, es necesario comerlo si queremos saciar nuestra hambre. Y del mismo modo, para que Cristo nos comunique su vida hay que comerlo.

Como ya explicamos, el Señor no se estaba refiriendo al mantenimiento de la vida física en esta tierra, sino a la vida eterna, y en este sentido, la diferencia entre los efectos que el maná produjo en sus padres y el que experimentarían si comían de este pan, eran evidentes. Los israelitas que comieron el maná en el desierto murieron allí, mientras que Cristo prometía que quien comiera de él viviría para siempre, tanto espiritual como físicamente, ya que él lo resucitaría en el día postrero (**Jn 6:54**).

Cristo da la vida definitiva, que no sólo se caracteriza por su duración eterna, sino también por su calidad, ya que incluye la comunión restaurada con Dios. No se trata simplemente de una existencia eterna sin ningún tipo de propósito. Además, debemos notar también que esta vida comienza aquí y ahora, por eso dice que *“tiene vida eterna”*, y no que *“tendrá”*.

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna”

Ahora bien, a partir de este momento Jesús ya no se referirá más a sí mismo como el *“pan de vida”*, sino que hablará de su carne y de su sangre, invitando a sus oyentes a comer y beber de ellos. Evidentemente, este nuevo lenguaje les resultó difícil de aceptar. ¿Cómo debían entender la invitación del Señor a comer su cuerpo y beber su sangre?

Jesús había afirmado su procedencia celestial y divina: *“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo”*. Sin embargo, para que su venida a este mundo fuera eficaz y pudiera salvar a los pecadores, era necesario que muriera en su lugar, por eso añadió: *“y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”* (**Jn 6:51**).

La figura del *“pan”* resultaba muy apropiada para ilustrar la fe con el acto de comer, pero no lograba explicar la necesidad de la muerte del Hijo en sustitución de los pecadores. Por esa razón, a partir de aquí el Señor habla de su carne y de su sangre, que al ser presentados por separado, inevitablemente nos llevan a pensar en su muerte. Al fin y al cabo, no había otro modo de lograr la salvación para los hombres si no era dando su vida por ellos. Si volvía a subir al cielo sin morir ni pasar por el juicio de Dios que merece el pecador, toda su vida en la tierra no podría salvar ni a un solo hombre.

Ahora bien, no debemos perder de vista que el contexto en el que Jesús estaba explicando estas cosas era el de la fiesta de la pascua (**Jn 6:4**). Y ahora se va a referir al sacrificio del cordero pascual, que como ya sabemos, sirvió para librar al pueblo de Israel de la ira de Dios y fue el comienzo de su constitución como nación libre (**Ex 12:1-14**). Al

comenzar la celebración de la pascua, los israelitas tuvieron que sacrificar el cordero y luego separaron su sangre para colocarla en el dintel y en los postes de las casas, y prepararon su carne para comerla en cada casa.

El Señor mismo explicó en otra ocasión que su sacrificio en la cruz iba a ser el cumplimiento definitivo de aquella pascua que los israelitas habían celebrado en Egipto (**Lc 22:15-16**). Y con esto coincidió también el apóstol Pablo cuando apuntó al sacrificio de Cristo como nuestra pascua que *“ya fue sacrificada por nosotros”* (**1 Co 5:7**). También en este mismo evangelio hemos visto ya que Juan el Bautista presentó a Jesús como *“el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (**Jn 1:29**), y ahora en este pasaje Cristo asume esa posición para explicar que él daría su sangre y su carne en sacrificio por la vida del mundo. Así pues, el sacrificio de Cristo es el cumplimiento definitivo de la pascua, ya que no sería realizado únicamente a favor de la nación judía, o de algunos elegidos, sino que tendría valor suficiente para salvar a todo el mundo (**Jn 6:51**).

Por lo tanto, queda claro que Jesús estaba hablando de su muerte, que finalmente ocurrió en la cruz, como un sacrificio sustitutorio que libraría a los pecadores de la ira de Dios y les traería la libertad. Ahora bien, aunque este sacrificio tiene valor potencial para salvar a toda la humanidad, sin embargo, es necesario que el hombre se apropie de él por medio de la fe. Y es a esto a lo que Jesús se refería nuevamente cuando les hablaba de comer su cuerpo y beber su sangre. Paradójicamente, para tener la vida eterna es necesario creer en un Cristo sacrificado y muerto. Aceptar que Jesús era un buen hombre, o un gran maestro, o el mayor de todos los profetas, no puede salvar al hombre de sus pecados. Sólo puede ser unido a Dios por medio de la fe en el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario. Esta es la única forma en la que el hombre puede salvarse. El Señor Jesucristo dijo: *“Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”* (**Jn 6:53**). No hay ninguna otra alternativa. La muerte de Cristo en la cruz es la única base de esperanza y garantía de inmortalidad. Toda otra creencia deja al hombre en su estado de perdición eterna. La vida del Padre sólo nos llega a través del Hijo. Nunca podremos tener esta vida en independencia del Padre y del Hijo: *“Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”* (**Jn 6:57**).

Notemos también que la ilustración de *“comer y beber”* sirve para enfatizar el grado de intimidad que se establece en esta relación. Cuando comemos o bebemos algo, eso no sólo aporta energía y vida a nuestro organismo, sino que también llega a formar parte inseparable de nosotros mismos. Y de la misma manera, cuando creemos en Cristo, somos unidos con él en una comunión vital y existencial, del mismo modo que él está unido al Padre.

Concluyendo pues, si en los versículos anteriores el Señor había ilustrado por medio del pan la necesidad de creer en él como aquel que había sido enviado del Padre, ahora complementa su enseñanza con una referencia a su carne y sangre para añadir que es imprescindible creer también en su sacrificio en la cruz para poder disfrutar de la vida eterna.

Todo esto desagradó a los judíos que escuchaban a Jesús. Si antes se habían negado a aceptar su origen divino, ahora todavía mostraban mayor resistencia a creer en un Cristo muerto. Y seguramente por su falta de fe en él llegaron a interpretar sus palabras de una forma literal, lo que les conducía a una situación absurda a todas luces. Comer la carne de un hombre sería canibalismo, y para un judío especialmente, beber su sangre, no sólo le resultaría repugnante, sino que estaba expresamente prohibido por la ley (**Lv 17:10**). Pero claro está que Jesús no les estaba invitando a hacer tal cosa. Si esa fuera la condición para tener la vida eterna, sólo un reducido grupo de personas de aquel

momento habrían podido salvarse. Pero no había nada en el lenguaje de Jesús que favoreciera una interpretación literal de sus palabras. Ya deberían haber estado acostumbrados a entender la forma espiritual en la que él les hablaba. Recordemos por ejemplo que cuando les dijo que él era el pan descendido del cielo que ellos debían comer para tener vida eterna, estaba ilustrando la necesidad de creer en él (**Jn 6:47-48**), lo mismo que cuando en otra ocasión les había invitado a ir a él a beber del agua de la vida eterna (**Jn 4:10**) (**Jn 7:37**).

Si perdemos de vista que el Señor estaba usando cosas materiales y necesidades físicas para ilustrar grandes verdades espirituales, no seremos capaces de entender correctamente estos pasajes. Ese fue el problema de los judíos que escuchaban a Jesús: *“Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”* (**Jn 6:53**).

¿Cuál es la postura de la Iglesia Católica?

La Iglesia Católica también interpreta las palabras de Jesús de una forma literal. Ellos creen que hay que comer a Cristo de manera física para poderle recibir. Ahora bien, como su cuerpo ya no está en medio de nosotros, han instituido el sacramento de la eucaristía, de modo que cuando en la misa el sacerdote católico consagra el pan y el vino, dicen que se opera el cambio de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, y lo mismo ocurre con el vino que se convierte en su sangre. Ellos llaman a este cambio la transubstanciación. Según ellos, Cristo está entero en cada fracción del pan. Así pues, conservan las hostias sagradas con el mayor cuidado posible y las presentan a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión. Y el sagrario que las contiene lo colocan en un lugar especialmente digno de la iglesia, de tal forma que subraye y manifieste la verdad de la presencia real de Cristo en el santo sacramento. Aclaran que la presencia del verdadero cuerpo de Cristo y de la verdadera sangre de Cristo en este sacramento no puede ser conocido por los sentidos humanos, sin embargo, afirman que al recibir la eucaristía se produce la comunión íntima con Cristo. Además, aseguran que en ese momento se restauran las fuerzas, se fortalece el amor y borran los pecados veniales y preserva de futuros pecados mortales.

Ahora bien, el Señor no estaba instituyendo aquí la Santa Cena o la eucaristía. Y es seguro que ninguno de los judíos que escuchaban a Jesús pensó que estuviera hablando de la transubstanciación que debería ser llevada a cabo por un sacerdote católico. Esta interpretación carecería de sentido para todos cuantos le escuchaban. No cabe duda que la Iglesia Católica comete un error similar al de aquellos judíos cuando interpretan las palabras de Jesús de forma literal y enseñan que hay que comer a Cristo físicamente después del proceso imposible de verificar de la transubstanciación.

Como ya hemos señalado, no se trataba de comer o beber su sangre literalmente, sino de creer en su persona y en el sacrificio que iba a realizar en la cruz. Simplemente estaba ilustrando la necesidad de *“venir a él”* y *“creer en él”* por medio de algo que ellos entendían perfectamente como era el comer y el beber. Cuando el Señor dijo *“Yo soy el pan de vida”*, sólo se trataba de una figura o símbolo, igual que cuando dijo *“Yo soy la luz del mundo”*, *“Yo soy la puerta de las ovejas”*, *“Yo soy el camino y la verdad y la vida”*, *“Yo soy la vida verdadera”*... En todos estos casos, no tiene sentido interpretarlo de forma literal. Es más, el Señor mismo aclaró lo que quería decir unos versículos más adelante: *“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”* (**Jn 6:63**).

Evidentemente, esta interpretación de la Iglesia Católica no surge del deseo de hacer justicia al texto, sino de apropiarse de la administración de la salvación para este mundo. Notemos que según ellos, cualquiera que quiera recibir a Cristo, tendrá que recibirlo de manos de un sacerdote católico. Pero el Señor nunca dijo que iba a ofrecer su salvación a través de ninguna persona o religión, sino que invitó a todos los hombres a ir a él mismo: **“venid a mí” (Mt 11:28)**. Lejos de estar instituyendo nuevas formas religiosas, el Señor quería llevar a sus oyentes a una relación directa y personal con él por medio de la fe.

Reacciones contrapuestas a las palabras de Jesús

Volvemos a nuestro texto para pensar hasta qué punto lograron entender todo lo que Jesús les había enseñado. Como ya hemos dicho, es evidente que muchos de ellos interpretaron las palabras de Jesús de una forma literal, y por lo tanto, no lograron entenderlas plenamente. Aun así, en alguna medida, sí que comprendieron que les estaba llamando a un mayor grado de compromiso con él, y esto fue lo que dio lugar a las diferentes reacciones que vamos a considerar a continuación:

- Los judíos, y sus líderes en general, se mostraron hostiles. Desde un principio habían estado murmurando contra Jesús y le despreciaron (**Jn 6:41-42**).
- Sus discípulos, un grupo de seguidores más o menos regulares del Señor, se volvieron atrás y ya no andaban con él (**Jn 6:66**). Seguramente habían sido atraídos por los grandes milagros que hacía, juntamente con sus maravillosas enseñanzas, pero se escandalizaron ante las profundas verdades que apuntaban a su muerte en la cruz en lugar del pecador.
- Los apóstoles vieron en sus palabras la vida eterna, y aunque todavía no comprendían plenamente la cruz, aun así se quedaron con él (**Jn 6:68-69**).
- Y finalmente aparece Judas, uno de los apóstoles de Jesús que todavía permaneció con él, pero cuya fe era falsa y acabaría convirtiéndose en el traidor que entregaría al Señor.

En conclusión podemos decir que muchos de ellos se habían forjado una idea equivocada de Jesús y su ministerio, así que cuando reveló el verdadero carácter de su misión, su popularidad se vino abajo y multitud de discípulos le abandonaron. Una vez más se demostró que cuando el hombre es enfrentado con la cruz de Cristo, la reacción mayoritaria es la de rechazo y desprecio. El apóstol Pablo tuvo la misma experiencia:

(1 Co 1:22-24) “Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.”

“Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”

La conclusión a la que llegaron la mayoría de los discípulos que escuchaban a Jesús fue que era una palabra dura, difícil de escuchar, y por esta razón se **“volvieron atrás, y ya no andaban con él”**. Se ve con claridad que el problema no era que la enseñanza de Jesús les pareció difícil de entender, porque en ese caso habrían pedido alguna aclaración pero no se habrían ido. Todo el problema radicaba en que la enseñanza de Cristo hizo clara la necesidad de su muerte en la cruz como único medio para traer bendición espiritual sobre los hombres, y les estaba llamando a creer no sólo en él, sino también en el valor de su muerte sustitutoria. Una vez más había aparecido el **“tropiezo de la cruz” (Ga 5:11)** y ellos

decidieron darle la espalda. En realidad, parecían disgustados, defraudados y hasta ofendidos (**Jn 6:61**), pero el verdadero problema no estaba en las palabras de Cristo, sino en la dureza y rebeldía de sus propios corazones.

Es asombroso que la enseñanza de la Cruz pueda producir tal escándalo, pero siempre es así. Recordamos el momento crucial cuando en los evangelios sinópticos los discípulos llegaron a entender la verdadera identidad de Jesús: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. Y *“desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día”*. Los evangelistas nos presentan la dificultad de los apóstoles para aceptar esta cuestión. Ellos intentaron disuadir a Jesús para que no emprendiera ese curso de acción, pero él se enfrentó a ellos y dijo *“a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”* (**Mt 16:15-23**).

En cualquier caso, en esta ocasión los apóstoles no cuestionaron las intenciones del Señor ni se unieron al numeroso grupo de seguidores que le abandonaron.

“¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?”

El Señor continúa su razonamiento y les dice que si su muerte les escandalizaba, ¿qué pensarían de su ascensión? Con esto les está indicando cuál sería el siguiente paso que vendría después de su muerte y que no sería otro que su resurrección y regreso al cielo con el Padre. Este es el cuadro completo de la obra de Cristo: la cruz, la resurrección y la ascensión al cielo. No sólo su muerte, sino también su glorificación. Porque para que la vida pudiera ser impartida al mundo, se requiere de la obra completa de Cristo.

Pero si la cruz no se ajustaba a las expectativas que los judíos tenían en cuanto al Mesías, su retorno al cielo aun les desagradaría más. No olvidemos que ellos esperaban un Mesías que establecería de manera inmediata su reino en Jerusalén y que les libraría del dominio romano, así que, ni la muerte ni tampoco la ascensión encajaban con esto. Por lo tanto, aunque ellos habían pensado por algún tiempo que Jesús era el Mesías que esperaban, cuando entendieron que su programa incluía su muerte y ascensión al cielo, le rechazaron y ya no andaban con él.

Además, los líderes judíos tampoco estaban dispuestos a aceptar su naturaleza divina, y Jesús no dejaba de hacer referencia al hecho de que había descendido del cielo y que se disponía a regresar allí junto al Padre. Estas declaraciones que ellos entendían como una afirmación de su deidad, tampoco eran de su agrado.

Cuando consideramos estas cosas, tenemos que admitir que los tiempos no han cambiado en absoluto. Tanto la necesidad de la cruz como único medio para salvar al pecador, así como la afirmación de la deidad de Cristo, siguen creando el mismo malestar ahora que entonces.

“Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”

El anuncio que el Señor hizo de su ascensión, sirvió también para esclarecer aun más las palabras que antes había dicho. Al fin y al cabo, si el Señor iba a subir al cielo, quedaba claro que ellos no podrían comer su carne y beber su sangre de una manera literal, puesto que su cuerpo subiría al cielo en donde sería inaccesible para los hombres. Y por si aun quedaba alguna duda en sus mentes, añadió: *“El Espíritu es el que da vida; la*

carne para nada aprovecha". Comer literalmente su cuerpo no podría beneficiarles en nada. Lo que realmente otorga la vida eterna es el espíritu, es decir, su persona entregada por la vida del mundo.

Observamos que otra vez vuelve a aparecer el contraste entre carne y espíritu que ya vimos en la conversación que el Señor mantuvo con Nicodemo: *"Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Jn 3:5-6)*. Sólo el Espíritu Santo puede regenerar al pecador y darle la vida de Dios. Esta acción del Espíritu de dar vida volveremos a verla en el siguiente discurso del Señor: *"El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado" (Jn 7:38-39)*. Notemos atentamente cómo la ascensión de Jesús y su glorificación harían posible la actuación del Espíritu Santo en los creyentes.

Ahora bien, el Señor no se refirió únicamente a la acción vivificadora del Espíritu, sino que dijo que este poder fluía como consecuencia de creer en las palabras que él había hablado. El apóstol Pedro también relacionó la regeneración del Espíritu Santo con la Palabra: *"Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu" (1 P 1:22)*.

Las palabras de Jesús no eran meras palabras, sino que eran palabras divinas que transmitían vida. En primer lugar, porque no eran promesas vacías que él no pudiera cumplir. En segundo lugar, porque señalaban hacia la obra redentora que Cristo iba a realizar en la cruz y por medio de la cual pondría la vida eterna a disposición de todos los pecadores que creyeran en él. Y en tercer lugar, porque sus palabras tenían el soplo de la inspiración divina; las palabras de Jesús son las palabras de Dios.

Este poder que fluía de sus palabras lo percibieron hasta sus enemigos. En el siguiente relato de Juan, los alguaciles que fueron a prender a Jesús regresaron a los principales sacerdotes sin haber llevado a cabo su misión, y la única explicación que alcanzaron a dar fue la siguiente: *"¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!" (Jn 7:46)*.

Concluyendo podemos decir que sólo por la fe en él, una fe que se ajusta a lo que él dijo y enseñó, es el cauce para que el pecador pueda recibir la vida eterna. La práctica de ciertos ritos religiosos nunca podrán dar la vida de Dios a quienes los practican. Una relación personal con Cristo es insustituible.

"Pero hay algunos de vosotros que no creen"

Si la fe en las palabras de Jesús trae la vida eterna al hombre, la incredulidad tiene el efecto de impedir su desarrollo. Y éste era precisamente el problema de muchos de los judíos que escuchaban al Señor. Ellos se quejaron de que sus palabras eran duras de escuchar, pero la verdadera razón de su alejamiento fue la incredulidad. Se negaban a creer en la cruz como el único medio para la salvación del pecador.

Seguramente el abandono masivo que el Señor experimentó en ese momento tuvo que sorprender, y hasta desanimar a muchos de sus discípulos, pero no a Jesús, que *"sabía quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar"*. Él distinguió desde el principio entre la verdadera confianza en él y el mero reconocimiento de labios para fuera (Jn 2:24).

“Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre”

A raíz de esto, el Señor volvió a repetir algo que ya les había dicho: *“Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre”*. En este contexto no hemos de pensar que ellos no podían creer en Jesús como consecuencia de que no formaban parte de un selecto grupo de elegidos, sino que lo que nuevamente está explicando es que al rechazar a Jesús, estaban manifestando que tampoco creían en el Padre, porque de otro modo, también habrían creído en él. Se deduce que la enseñanza de Cristo que ellos escuchaban, era acompañada por la previa o simultánea enseñanza del Padre. Pero ellos no podían recibir esta influencia divina porque debajo de su apariencia de religiosidad se escondía un corazón incrédulo. Por supuesto, el Padre siempre atrae a todos los hombres hacia su Hijo, pero en el caso de esos judíos, esta atracción quedaba silenciada por la incredulidad.

Estas palabras de Jesús nos muestran de una forma muy realista las dificultades que el hombre caído tiene para creer en Cristo. Por un lado ha quedado muy dañado por el pecado y necesita ayuda para comprender y creer en el mensaje de la cruz. Y por otra parte, el dios de este siglo se encarga de cegar sus mentes y silenciar la voz de Dios en el corazón (**2 Co 4:4**). Ahora bien, como ya vimos en la lección anterior, el Padre contrarresta esta acción negativa atrayendo a todos los hombres por medio de la enseñanza de la Palabra (**Jn 6:44-45**), resplandeciendo e iluminando nuestro conocimiento para que comprendamos la gloria de Cristo (**2 Co 4:6**), y también el Espíritu Santo convence a los hombres caídos de pecado, justicia y juicio (**Jn 16:8**). Como vemos en estos pasajes, esta ayuda divina es recibida por todos los hombres, no sólo por un grupo selecto de escogidos, y consiste en atraer, iluminar y convencer a los hombres. En todo esto no hay nada que nos haga pensar, tal como dice la teología calvinista, que el Espíritu Santo regenera previamente a algunos escogidos para que posteriormente se puedan convertir cuando escuchen el evangelio, quedando el resto imposibilitados para acceder a la gracia de Dios. Además, esta influencia tampoco debe ser interpretada como una fuerza irresistible que el hombre no pueda rechazar. De hecho, estos judíos hicieron lo mismo que sus antepasados: *“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”* (**Hch 7:51**).

“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás”

Este fue un momento de crisis en el ministerio de Jesús. *“Muchos de sus discípulos volvieron atrás”*. ¿Cuál fue la razón por la que se apartaron de Jesús? ¿Cómo explicar el cambio tan radical que estaban experimentando? Las claves para entender su reacción las hemos visto a lo largo de todo el pasaje. En primer lugar, y por encima de todo, estaba su incredulidad en Dios. Por otro lado, ellos habían ideado un Mesías a su gusto, y esperaban que Jesús se adaptara a sus expectativas, algo que evidentemente no hizo. El interés de ellos se centraba en cuestiones materiales, como la comida, y buscaban apasionadamente su liberación política de los romanos, pero no se sintieron correspondidos por el Señor, que enfocaba su preocupación en sus necesidades espirituales y eternas. Pero sobre todo, el detonante que les llevó a abandonarle, fue el anuncio de su muerte y su posterior ascensión al cielo. Esta palabra les resultó dura y difícil de aceptar, y les llevó a cambiar el entusiasmo que un principio había provocado el milagro de la multiplicación de los panes por el abandono y la indiferencia.

Vieron el tipo de relación que el Señor quería tener con ellos, no les agradó. Querían un rey que los guiara a la victoria sobre el invasor romano, pero no estaban dispuestos a

aceptar un Salvador personal que los librara de sus pecados y gobernara sus vidas. Así que, una vez más, la predicación de la Palabra creó una separación entre los verdaderos y los falsos creyentes. En otra ocasión el Señor había hablado también de estos dos caminos, y de que eran muchos más los que preferían el camino que lleva finalmente a la condenación eterna:

(Mt 7:13-14) “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”

Debió ser muy triste ver aquel éxodo masivo de personas que dejaban a Jesús. Pero no era él quien las había rechazado ni quien les había impedido seguirle. Fueron ellos mismos, quienes después de haber entendido el mensaje, decidieron darle la espalda.

En cualquier caso, el Señor no hizo lo que ahora es tan frecuente en muchos ámbitos llamados cristianos: no adaptó el mensaje al gusto de los oyentes, ni rebajó sus demandas para que las personas se quedaran. La mayor preocupación del siervo de Dios no debe ser que las personas se vayan de la iglesia porque no quieren aceptar el mensaje del evangelio, sino que se queden porque han aceptado un evangelio diferente que ha sido adaptado a los gustos y preferencias de la gente, pero que finalmente no les puede salvar.

Lo que estaba ocurriendo servía para identificar quiénes eran verdaderos creyentes, porque no debemos olvidar que la permanencia en la Palabra es la evidencia de una auténtica conversión.

(Jn 8:31) “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos”

La reacción de estas personas sacó a la luz que no eran verdaderos discípulos. Ahora bien, cuando una persona se aleja de Cristo porque no tolera la enseñanza de su Palabra, fácilmente terminará convirtiéndose en enemigo de Dios. Y en este sentido, estamos asistiendo al principio de la última etapa del ministerio de Jesús. Este primer rechazo masivo se convertiría en un odio creciente que culminaría en la cruz.

“Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros?”

A partir de aquí Jesús se vuelve hacia sus doce apóstoles. Ellos habían pasado mucho más tiempo con él y habían tenido muchas más oportunidades de conocer sus milagros y enseñanza ¿Qué harían? ¿Cómo reaccionarían ante el éxodo masivo que estaban presenciando? La decisión era de ellos. Cristo no retiene a nadie contra su voluntad. La pregunta nos recuerda el libre albedrío del hombre, y es muy parecida a la que Josué hizo a sus contemporáneos:

(Jos 24:14-15) “Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

No cabe duda que a todos nos duele y desanima cuando vemos a personas que antes venían a la iglesia y que de repente dejan los caminos del Señor. ¿Cómo reaccionarían ellos?

“¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”

Pedro, como de costumbre, es el que tomó la palabra para hablar en nombre del grupo, y dejó claro que si en algún momento el pensamiento de deserción se había cruzado por sus mentes cuando la multitud se fue, lo echaron fuera en el acto. Habían hecho su elección. Su confesión incluye tres razones lógicas por las que no iban a abandonarle:

- Primero, no había otro al que ir: *“¿A quién iremos?”*. Con esto reconocen que tenían profundas necesidades espirituales que nadie más había logrado saciar adecuadamente. Ellos no se conformaban con el pan que calmaba el hambre física, porque sabían que las cosas materiales de la vida no ofrecen la felicidad verdadera. Y por otro lado, ya conocían lo que la religión les podía ofrecer, y de ninguna manera querían regresar al pasado. Por otro lado, volver al mundo y al pecado sería una locura. ¿A quién irían si le dejaban a él? ¿A quién encontrarían que se le pudiera igualar? ¿Qué otro camino encontrarían que fuera mejor? Esta fue la primera razón por la que decidieron permanecer unidos a él.
- Segundo, las enseñanzas de Jesús tenían todo lo que necesitaban y les podían conducir a la vida eterna. En este sentido, dejarle a él sería sellar su propia condenación eterna, sería dejar la fuente de agua viva y cristalina para volver a las cisternas rotas que no retienen el agua (**Jer 2:13**).
- Tercero, ellos habían comprobado que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios: *“Nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. A pesar de que los escribas, los fariseos, los saduceos, y también las multitudes rechazaban a Jesús y sus palabras, los doce habían llegado a la firme convicción de que él era el Mesías prometido por los profetas, y que no era simplemente un hombre, sino que era también el Hijo de Dios, afirmando de este modo su origen divino.

“¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?”

En cierto sentido, Jesús tiene que corregir a Pedro. No debía creer que todos los apóstoles eran verdaderos creyentes. Ningún hombre es capaz de distinguir con exactitud quiénes son del Señor auténticamente, y es un hecho que con frecuencia, entre los verdaderos creyentes, hay también falsos discípulos.

(Mt 13:24-25) “Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue.”

Así que, aunque había habido una deserción general, todavía quedaba uno entre ellos que no había creído realmente. Se trataba *“de Judas Iscariote, hijo de Simón”*. Tal vez pensó en abandonar y unirse con las multitudes, pero por alguna razón que desconocemos, decidió quedarse con el grupo de los doce. No era un verdadero creyente, no había sido lavado (**Jn 13:10-11**), pero guardó las apariencias y se camufló entre los otros apóstoles sin que ellos notaran nada extraño en él por mucho tiempo (**Jn 13:21-22**). Pero el Señor conocía su corazón.

Lo curioso es que el Señor lo había escogido como uno de sus doce apóstoles. En este punto debemos aclarar que esta elección no se refiere a su salvación eterna, sino a que fue escogido para formar parte del grupo apostólico. Pero aun así, no deja de sorprendernos que el Señor en su omnisciencia incluyera a Judas en el grupo de sus discípulos íntimos.

En cualquier caso, aunque Judas acabó convirtiéndose en un servidor del diablo, no lo era cuando el Señor le llamó a ser su apóstol. En él hubo un proceso espiritual totalmente diferente que en el de los otros apóstoles. Y en este pasaje encontramos la primera referencia a él como quien *“le iba a entregar”*, que surge justo cuando Jesús revela sus intenciones de morir a favor de los hombres como único modo de traerles la salvación eterna.

De todas maneras, Judas, al igual que el resto de la multitud, tomó su propia decisión ante las palabras de Jesús, y no debemos pensar que el Señor lo eligiera como apóstol con el fin de que desempeñara el papel de traidor. En la última cena del Señor con sus discípulos en el aposento alto, antes de que fuera arrestado por los judíos, vemos cómo Jesús intentó hasta el último momento recuperar a Judas para que permaneciera con él, sin lograr conseguirlo finalmente. Y entonces llegó el momento en el que Satanás entró en él (**Jn 13:2,27**).

Judas ha quedado para nosotros como un claro ejemplo de que los mayores privilegios espirituales no garantizan la salvación. Pocos hombres pudieron disfrutar como Judas de la cercanía con el Señor y ser testigo presencial de sus obras y enseñanza. Pero sin embargo, no quiso valorarlo, y el rechazo de tantos privilegios, le llevó a una angustiosa desesperación que finalmente le condujo al mismo suicidio (**Mt 27:3-5**).

Preguntas

1. Explique la diferencia entre lo que el Señor quería ilustrar por medio de la figura del pan y la referencia a comer su carne y beber su sangre.
2. Argumente por qué no debemos entender las palabras de Jesús sobre comer su carne y beber su sangre de una forma literal.
3. Analice las diferentes reacciones de los oyentes de Jesús frente al anuncio de su muerte.
4. A lo largo de este pasaje el Señor ha hecho referencia a diferentes aspectos de su persona y de su obra que el hombre pecador tiene que aceptar para disfrutar de la vida eterna. Explique cuáles eran y por qué son necesarios.
5. Busque en los evangelios otras referencias a Judas Iscariote y explique el proceso espiritual que pudo haber seguido desde que fue elegido como apóstol hasta su fin.